



Educación financiera

Finanzas personales

LOS EXPERTOS DICEN QUE USTED NECESITA por lo menos un nivel básico de educación financiera para tener éxito, pero para hacer eso tiene que saber realmente qué es la educación financiera. Cuanto más entienda, más conocimiento podrá aplicar al momento de elaborar estrategias financieras eficientes

La Educación Financiera consiste en su capacidad para comprender los conceptos básicos de las finanzas personales y el manejo del dinero, pero usted tiene que entender estos conceptos de una manera que le permita aplicarlos en su vida financiera cotidiana.

Así que no sólo se trata de tener el conocimiento, sino que también debe tener la habilidad de aplicarlo para enfrentar los desafíos financieros y cumplir con sus objetivos.

8 ÁREAS BÁSICAS DE COMPRENSIÓN FINANCIERA

Su vida financiera es un motor bien engrasado que le ayuda a seguir adelante, y tiene una gran cantidad de piezas que van a hacer que funcione sin problemas. Con esto en mente, puede ser útil desglosar el conjunto en diferentes áreas para que pueda saber dónde y cómo tiene que centrarse para ampliar su conocimiento.

Lo dividimos en ocho categorías básicas:

1. **El presupuesto** representa su capacidad para comprender los temas que se relacionan con el manejo diario del dinero. Incluye conceptos como: fuentes de ingreso, gastos fijos/flexibles/ discrecionales, y obligaciones de pago mensuales.
2. **Los ahorros** son su capacidad para guardar dinero y asignar fondos para invertir en su futuro. Eso significa que usted tiene que entender conceptos como cuentas de ahorro, intereses, rendimientos, e incluso los temas de inversión como la de los valores.
3. **Manejo de necesidades básicas** es cuando usted tiene la capacidad de manejar todos los costos relacionados con las necesidades de la vida, como la vivienda y el transporte. Esto significa la gestión de facturas mensuales, e incluso entender los seguros.
4. **Banca** se refiere a los detalles del manejo de sus cuentas. Esto significa que usted necesita tener la capacidad de entender sus cuentas, cómo funcionan, y los cargos, tasas o términos que son aplicables.
5. **El manejo de costos del cuidado de la salud** puede ser complicado, porque se trata de temas complejos tales como los seguros médicos, deducibles y los niveles de cobertura. Los costos médicos tienen maneras de arruinar incluso los presupuestos más estables si usted no tiene una buena base de conocimientos sobre este tema.

6. **El manejo de deudas** es su capacidad para asumir deuda de forma efectiva, entender los términos y tarifas que se aplican a cosas como los préstamos y tarjetas de crédito. Sin una comprensión sólida, la deuda puede fácilmente abrumar sus finanzas.
7. **El manejo del crédito** es su capacidad para administrar y mantener su perfil de crédito. Eso incluye su puntaje de crédito, reportes de crédito, y cómo interactuar con las agencias de crédito si usted tiene un problema. Las leyes sobre el crédito están en constante evolución.
8. **La planificación del retiro** en realidad incorpora varios de los temas anteriores como son el presupuesto y el ahorro, pero luego aplicados a la planificación financiera a largo plazo que se requiere para la estabilidad en sus años dorados.

Con un conocimiento en estas ocho áreas, usted debería ser capaz de lograr la estabilidad financiera y superar los desafíos típicos que pueden enfrentar los consumidores en sus vidas financieras. ♦

Contenido



LIBROS

Ricardo Moreno Castillo:
La conjura de los ignorantes
Página 2

CUENTO

Dino Buzzati:
Cita con Einstein
Página 3

ANUNCIOS

Página 4

FUENTE: <http://www.pasosperdidos.org/index.html>

LA CONJURA DE LOS IGNORANTES

De cómo los pedagogos han destruido la enseñanza

Desde la reforma educativa del año 1990 los niveles de conocimiento de los alumnos caen en picado y el mal comportamiento en las aulas sube como la espuma. Entre los entusiastas de la famosa reforma hay quienes niegan sencillamente los hechos. Otros los reconocen, pero los atribuyen a causas externas: cambios sociales, presencia de inmigrantes y a lo reacios que son los profesores a las novedades.

En otros dos libros, *Panfleto antipedagógico* (2006, El lector Universal) y *De la buena y la mala educación* (2008, Los libros del lince), Ricardo Moreno Castillo demostró que ninguna de esas razones explican nuestro desastre educativo, y que éste es la lógica consecuencia de una errónea teoría que menoscaba la autoridad de los profesores, de un desprecio por el saber y de una jerga pseudocientífica muy utilizada por presuntos expertos en educación.

Ricardo Moreno Castillo

La conjura de los ignorantes

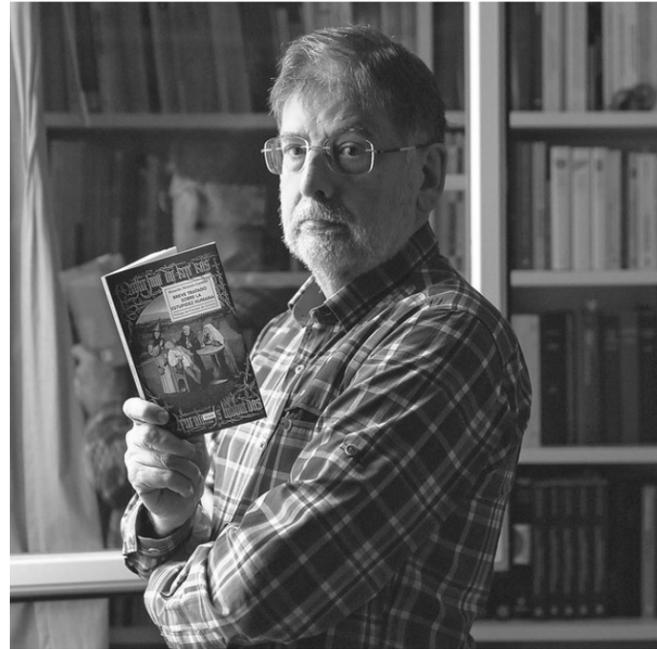
De cómo los pedagogos han destruido la enseñanza

Prólogo de Arcadi Espada



En este nuevo libro Ricardo Moreno se centra en el lenguaje hueco de la pedagogía que domina en nuestro sistema educativo y ha vaciado la educación y la ha dejado en los huesos. A partir de una antología delirante de textos de «muy ilustres pedagogos» deja claro que la educación en España no está como está y se ha convertido en el primer problema de nuestro país por ninguna casualidad, sino porque es víctima de una conjura de ignorantes.

RICARDO MORENO CASTILLO



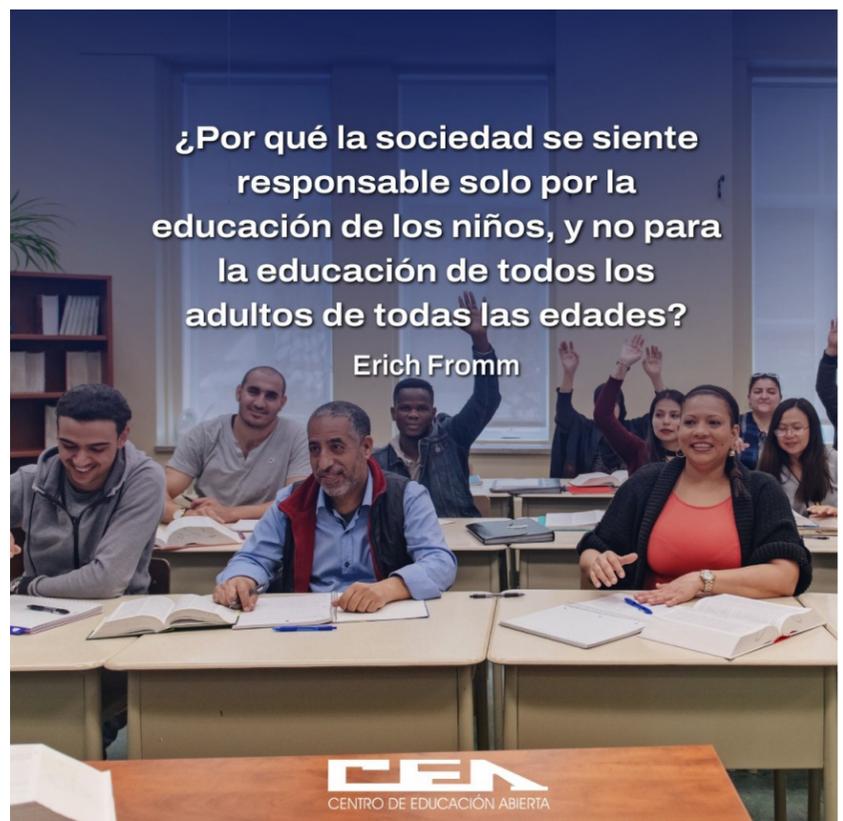
(MADRID, 1950), licenciado en matemáticas y doctor en filosofía especializado en historia de la ciencia, ha sido catedrático de instituto hasta su jubilación y profesor asociado en la facultad de matemáticas de la Universidad Complutense.

Es autor de más de una veintena de obras sobre matemáticas y su historia, sobre filosofía (*Diccionario semifilosófico* y *Trece cartas a Dios*) y de numerosos artículos de prensa; también ha traducido varios códigos matemáticos árabes. Sobre la situación de la educación en España y las causas de su deterioro ha publicado *Panfleto Antipedagógico* (2006, El lector Universal) y *De la buena y la mala educación* (2008, Los libros del lince), obras que tuvieron una gran repercusión y aportaron una visión crítica sobre los principales problemas de nuestro sistema educativo. ♦

FUENTE: <https://www.magisnet.com/wp-content/uploads/2021/05/Ricardo-Moreno.jpg>

¿Por qué la sociedad se siente responsable solo por la educación de los niños, y no para la educación de todos los adultos de todas las edades?

Erich Fromm



Cuento

Dino Buzzati
CITA CON EINSTEIN

Un atardecer del pasado mes de octubre en el que Albert Einstein, tras finalizar su jornada de trabajo, se paseaba solo por las avenidas de Princeton, le sucedió algo extraordinario. De pronto, y sin ninguna razón especial, con su pensamiento corriendo de aquí para allá como un perro liberado de la trailla, concibió aquello por lo que había estado esperando toda su vida. En un instante, Einstein vio a su alrededor el espacio que llaman curvo, y lo podía mirar por delante y por detrás, como ustedes este libro.

Dicen que nuestra mente nunca conseguirá concebir la curvatura del espacio: longitud, anchura, altura, sin olvidar esa misteriosa cuarta dimensión cuya existencia está demostrada, pero que permanece vedada al género humano, como una muralla que nos encierra, y el hombre, cabalgando sobre su mente jamás satisfecha, se eleva y se eleva y acaba chocando contra ella. Ni Pitágoras, ni Platón, ni Dante, si estuvieran todavía en este mundo, conseguirían romperla, pues la verdad es siempre más grande que nosotros.

Otros en cambio dicen que sí que es posible, tras años y años de estudios, mediante un gigantesco esfuerzo del cerebro. Así pues, cierto científico solitario –mientras el mundo se agitaba con frenesí a su alrededor, los trenes y los altos hornos humeaban, millones de personas morían en la guerra y en el crepúsculo de los parques urbanos los enamorados se besaban en la boca–, con un heroico esfuerzo mental llegó a percibir, así al menos cuenta la leyenda, llegó a divisar (quizá solo durante unos instantes, como si se hubiera asomado a un abismo y luego alguien le hubiera tirado hacia atrás), ver y contemplar el espacio curvo, lo más sublime e inefable de la creación.

Pero el fenómeno tuvo lugar en silencio y no hubo felicitaciones para el audaz. Nada de fanfarrias, entrevistas, medallas o condecoraciones, porque era un triunfo completamente personal y, aunque él podía decir: “He concebido el espacio curvo”, no tenía documentos ni fotografías, nada con lo que poder demostrar que era verdad.

Sin embargo, cuando llegan esos momentos y el pensamiento, en un supremo impulso, pasa al otro lado a través de una pequeña rendija, a ese universo prohibido a los seres humanos, y lo que antes era una fórmula inerte, vacía, nacida y crecida fuera de nosotros, se convierte en nuestra propia vida, ¡oh, cómo se deshacen entonces de golpe nuestros afanes tridimensionales y nos sentimos –¡capacidad humana!–, inmersos y suspendidos en algo muy parecido a la eternidad!

Todo esto le ocurrió al profesor Albert Einstein en una magnífica noche de octubre, mientras el cielo parecía de cristal y aquí y allá comenzaban a brillar, rivalizando con el planeta Venus, las farolas eléctricas. ¡El profesor sentía que su corazón, ese extraño músculo, gozaba de la benevolencia de Dios! Y aunque era un hombre sabio al que no le importaba la gloria, en aquellos momentos se consideró fuera del rebaño, como esos miserables entre los miserables que se encuentran de repente con los bolsillos llenos de oro. Un sentimiento de orgullo se apoderó entonces de él.

Pero en ese preciso momento, como si fuera un castigo, con la misma rapidez con la que había llegado, aquella misteriosa verdad desapareció. Al mismo tiempo, Einstein se dio cuenta de que se encontraba en un sitio que jamás había visto. Caminaba por una larga avenida bordeada de setos, sin casas, villas ni barracas. Solo había un surtidor de gasolina con franjas amarillas y negras coronado por un globo de vidrio iluminado. Y cerca, en un taburete de madera, un negro en espera de clientes. Vestía un peto de trabajo y en la cabeza llevaba una gorra roja de béisbol.

Nada más pasar Einstein por delante, el hombre se levantó y le llamó:

–¡Eh, señor!

De pie resultaba altísimo. Era bastante guapo, con rasgos africanos, formidable; y en la vastedad azul del crepúsculo resplandecía su sonrisa blanca.

–¿Tiene fuego, señor? –continuó el negro, mostrándole una colilla.

–No fumo –respondió Einstein deteniéndose estupefacto.

Y el negro, entonces:

–¿Y no me da algo para tomar una copa?

Era alto, joven, salvaje.

Einstein rebuscó en vano en sus bolsillos.

–No sé... no llevo nada... no tengo costumbre... lo siento, de verdad.

E hizo ademán de continuar su camino.



–Gracias de todas formas –dijo el negro–. Pero perdone...

–¿Y ahora qué quieres? –preguntó Einstein.

–Le necesito. Estoy aquí por eso.

–¿Que me necesita? ¿Para qué?

–Le necesito para un asunto secreto –dijo el negro–. Pero solo se lo diré al oído... –Sus dientes resplandecían más que nunca porque, mientras tanto, se había hecho de noche. Después se le acercó a la oreja: Soy el diablo Iblis –murmuró–. Soy el Ángel de la Muerte y vengo por tu alma.

Einstein dio un paso atrás.

–Tengo la impresión –su voz se había vuelto severa–, tengo la impresión de que has bebido demasiado.

–Soy el Ángel de la Muerte –repitió el negro–. Mira.

Se acercó al seto, arrancó una rama y, a los pocos instantes, las hojas cambiaron de color, se abarquillaron y luego se volvieron grises. Sopló, y todo: hojas, ramitas y tallo, se deshizo en un polvo finísimo.

Einstein bajó la cabeza.

–¡Vaya! Hasta aquí hemos llegado... ¿Y tiene que ser precisamente esta noche... en este camino?

–Me limito a cumplir órdenes.

Einstein miró a su alrededor, pero no había ni un alma. Solo la avenida, los faroles encendidos y al fondo, en el cruce, luces de automóviles. Miró también el cielo, que estaba límpido, con todas sus estrellas en orden. En ese preciso momento, Venus declinaba.

–Escucha –dijo Einstein–, dame un poco de tiempo. Has llegado justo en el momento en que estoy a punto de acabar un trabajo. Solo te pido un mes.

–Lo que quieres descubrir –repuso el negro– lo sabrás enseguida en el más allá, solo tienes que seguirme.

–No es lo mismo. ¿Qué valor tiene lo que sabremos en el más allá si para ello no debemos hacer ningún esfuerzo? El trabajo en el que estoy es muy importante. Me dedico a él desde hace treinta años. Y ya me falta poco...

El negro rió sarcásticamente:

–¿Un mes, has dicho?... Pero dentro de un mes no trates de esconderte. Aunque te metieras en la más profunda de las minas, te encontraría de inmediato.

Einstein quiso hacerle otra pregunta, pero el otro ya había desaparecido.

Un mes se hace muy largo cuando se espera a la persona que uno ama, pero se vuelve muy breve cuando el que ha de llegar es el mensajero de la muerte; más breve que un suspiro. Transcurrió todo el mes y, la noche del día en que se cumplía el plazo, cuando consiguió quedarse a solas, Einstein se acercó al lugar convenido. Allí estaba el surtidor de gasolina y también el negro en la ban-

queta, solo que ahora llevaba un viejo capote militar, porque hacía frío.

–Ya estoy aquí –dijo Einstein, poniéndole una mano en el hombro.

–¿Y el trabajo? ¿Lo has acabado?

–No, no lo he acabado –dijo el científico con tristeza–. ¡Concédeme un mes más! Juro que será suficiente. Esta vez estoy seguro de conseguirlo. Créeme: me he dedicado a ello día y noche, pero no me ha dado tiempo. Me falta poco.

El negro, sin volverse, se encogió de hombros.

–Todos los hombres sois iguales. Nunca estáis contentos. Os arrastráis para conseguir una prórroga. Cualquier pretexto es bueno...

–Pero el asunto en el que estoy trabajando es muy difícil. Nunca nadie...

–Lo sé, lo sé –dijo el Ángel de la Muerte–. Estás buscando la clave del universo, ¿verdad?

Guardaron silencio. Hacía una noche prácticamente invernal, había niebla, malestar, ganas de estar en casa.

–¿Y entonces? –preguntó Einstein.

–Puedes irte... Pero un mes pasa enseguida.

Pasó rapidísimo. Nunca el tiempo había devorado cuatro semanas con tanta avidez. Y esa noche de diciembre sopló un viento gélido que hacía crujir sobre el asfalto las últimas hojas errabundas: bajo la boina, la blanca cabellera del sabio temblaba en el aire. Allí estaba el surtidor de gasolina, y junto a él, el negro con un pasamontañas en la cabeza, acurrucado como si estuviera durmiendo.

Einstein se acercó y le tocó tímidamente el hombro.

–Soy yo –dijo.

El negro se arrebujaba en el capote, tiritando de frío.

–¿Eres tú?

–Sí, soy yo.

–¿Entonces has acabado?

–Sí, gracias a Dios, he acabado.

–¿Has terminado el gran match? ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Has descerrajado el universo?

Einstein carraspeó.

–Sí –dijo sonriendo–, ahora en cierto modo el universo está en orden.

–¿Entonces vienes? ¿Estás preparado para el viaje?

–Por supuesto. Ese era nuestro pacto.

De pronto, el negro se puso de pie de un salto y soltó una de esas carcajadas típicas de la gente de color. Después, hincó con todas sus fuerzas el dedo índice de su mano derecha en el estómago de Einstein, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

–Vete, vete, viejo canalla... Vuelve a casa; y date prisa, no vaya a ser que cojas una pulmonía... Por ahora, no me interesas.

–¿Puedo irme?... ¿Por qué entonces tantas historias?

–Lo fundamental era que acabaras el trabajo. Nada más. Y lo he conseguido... Si no te hubiera metido miedo, Dios sabe cuánto tiempo más habrías tardado.

–¿Y por qué mi trabajo era tan importante para ti?

El negro rió.

–A mí me daba igual... Pero ahí abajo están los jefes, los grandes demonios. Dicen que en el pasado sus primeros descubrimientos les fueron de mucha utilidad... Tú no tienes la culpa, pero es así. Te guste o no, querido profesor, el Infierno les ha sacado mucho partido... Ahora cuenta con tus nuevos...

–¡Bobadas! –se irritó Einstein–. Mis descubrimientos no pueden ser más inocentes. Son solo pequeñas fórmulas, puras abstracciones, inofensivas, desinteresadas...

–¡No me digas! –gritó Iblis, golpeándole de nuevo con el dedo en todo el estómago–. ¿Así que, según tú, me han enviado para nada? ¿Según tú, se han equivocado? No, no, tú has trabajado muy bien. Los míos estarán muy satisfechos ahí abajo... ¡Oh, si tú supieras!

–¿Si yo supiera qué?

Pero el otro se había desvanecido. Ya no se veía el surtidor de gasolina. Ni tampoco el taburete de madera. Solo la noche y el viento, y allí, a lo lejos, un vaivén de automóviles. En Princeton, Nueva Jersey. ♦

CEA / Universidad



3 cosas que debes saber si quieres estudiar

Derecho penal acusatorio ▶

1

El Sistema Penal Acusatorio es un sistema procesal penal que busca resolver hechos delictivos en menor tiempo, en el cual existe igualdad de las partes.



2

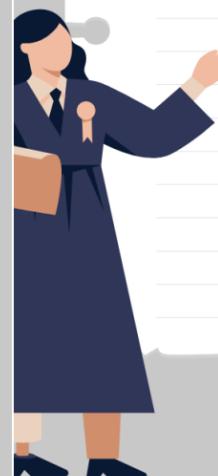
Es un modelo de justicia en México de reciente creación, que requiere de una nueva generación de profesionistas, con conocimientos suficientes para ponerlo en marcha.



3

Te ofrece conocimientos y habilidades en:

- Argumentación Jurídica
- Legislación Comercial Internacional
- Derechos Humanos
- Derecho Corporativo
- Ciencias Jurídicas y Forenses
- Liderazgo y creatividad



¿Te gusta escribir?

Si quieres participar en nuestra gaceta, podrás hacerlo en cualquiera de los siguientes géneros:

POESÍA, CUENTO, RELATO, ENSAYO, REPORTAJE, ENTREVISTA, RESEÑA LITERARIA

Envía tus colaboraciones, comentarios o sugerencias a:

ceagaceta@gmail.com

Publicación gratuita

Centro de Educación Abierta

Director general

Octavio Nava Cruz

Diseño

Guillermo Serrano

Sitio Web

ceauniversidad.com

gaceta mensual